



por
Manuel Corrada

Como en un relato de verano, Corrada nos presenta el desajuste consecuente de una obsesiva ideología de la forma, que establece cánones de gusto sobre arquitecturas que dan importancia a edificios que no necesariamente la tienen y que engeguece frente a las necesidades de la ciudad de Santiago, que pretende y anhela ser – justamente –, una ciudad.

As in a summer tale, Manuel Corrada makes us aware of the mismatch that arises when an obsessive ideology of form establishes codes of good taste on architecture giving importance to buildings that don't necessarily have it whilst obscuring the basic needs of a city like Santiago that seeks and yearns to be just a city.

Incluso normal



Emoticon / ¿dk color tení el pelo?, ¿cómo lo usai? / smiley/ normal, ni corto ni largo, rojo / :-')

En esta época del verano, hoy es un jueves cualquiera de diciembre, Santiago parece espantoso al atardecer. Triste, sucio por falta de limpieza, hoyo entre dos cordilleras horripilantes. ¿Qué esfuerzo titánico?, ¿qué ceguera lesa?, ¿qué dosis de proselitismo compensa los estragos de la luz estival? En vano. La miseria decorada con payasos navideños aplanando calles con una bolsa de caramelos en la mano, malabaristas pungas en los semáforos cazando monedas o un niño mongólico suplicando una limosna: esto es Santiago.

Una de las maneras corrientes de hacerle el quite a la realidad es vivir en otro planeta igual que un arribista vive en un tiempo social pretérito. Si éste dice esposa, los oídos se hallan ya acostumbrados al sonido de la voz mujer; cuando cena, los demás comen. Chirría: risita nerviosa. El desajuste: mientras que al edificio de la CTC en la Plaza Italia le clavan puñales, los pelusas se bañan a sus anchas en las piletas.

De este rascacielos se han comentado bastantes cosas, ninguna demasiado amable. Si el peladero que existía ahí hubiera continuado, se habrían ahorrado hartas frases fulminantes. Aunque, a lo mejor, ésta sea una capital de letras pe, de peladeros, pelusas y piletas, donde alternan hospederías y barrios emergentes que vistos en la tele proyectan en tono de anuncio turístico color sabroso. Pero, ni pintoresco ni heroico, el edificio de Telefónica es harina de otro costal, del de una oficina de arquitectura hecha y derecha, del de inversiones caudalosas. Imperdonable, lógico.

¿Qué significa imperdonable? Que en esa esquina podría levantarse otro y mejor, ¿alguien vive de puros podrías? Que desentona, ¿acaso Nueva York desentona? Que representa lo peor, ¿quién ha designado árbitros del gusto? Que no es arquitectura, ¿cómo los abogados mueven la vida sin preocuparse de qué sea la justicia pero sabiendo al dedillo los códigos?

De las piletas, en cambio, nadie dice pío. Toallas

que cuelgan en estatuas, jardines pisoteados, adolescentes brincando como monos, niñas relajadas a los pies de algún héroe agarradas a una botella de coca cola mezclada con pisco. Las costumbres, contaba Samuel Johnson, poseen causas que han quedado oscurecidas en el calendario, motivo por el que sería un desatino despreciarlas. También se da por sentado que las personas instruidas y cultivadas constituyen un ejemplo hacia el que debe tender quien no ha gozado semejante fortuna. Un horizonte de iguales.

Sin embargo, las aguas refrescantes refutan cualquier fin igualitario y ensalzan la hipocresía siniestra del disfruten ustedes porque nosotros, otros y distintos, haremos lo que nos conviene. Y el silencio acerca de las fuentes equivale al caninismo sombrío hacia el edificio de la CTC. Por lo siguiente. Traficar con la miseria en retrato fotográfico, elevar una salida para quien nada tiene y a duras penas abre las manos, razón que por benevolente frena comentarios, supone que ese silencio es sinónimo de un estado de cosas que jamás cambiará ni falta que hace. Porque se opina acerca de iguales y no de bichos.

En cambio, ¿qué supone que el edificio de la Plaza Italia sea estimado uno más? Sencillamente esto: uno más, un trabajo profesional. Cuando ocurre así, la plaga de las piletas se reduce a polvo y en los autobuses pueden subir mujeres con falda ceñida sin que se les raje, hay baños decentes para evitar el humillante pedir permiso en las fuentes de soda, y parques que no sólo sirven de jardineras para el reojo de los automovilistas.

Pero es un hecho que imaginar Santiago como Dios manda adquiere rasgos de sueño. Casi cualquier discurso que toca la arquitectura lo anticipa. Las hojas impresas suelen alabar las gracias estilísticas al igual que si se tratara de vampiresas caprichosas. También miran por encima del hombro, de cuando en cuando con desdén, casas y edificios a los cuales denominan “comerciales”. Pero, ¿no será que se tilda con ese adjetivo lo que dichos medios apartan?, ¿será esto una forma de control, o envidia, parecida a la de las personas amargadas que fustigan a

cualquiera que tenga dinero para pagar lo que ellas quisieran hacer, hasta sienten que les corresponde, pero cuyos bolsillos no soportan?

Desde mediados del siglo dieciocho sabemos que los edificios no son bonitos ni feos, porque lo bonito no se incendia ni la lluvia empapa lo feo. La trenza Batteux, Wolf, Baumgarten, Kant, obligó a ver con recelo los objetos, los edificios, y a esmerar los juicios. Después, gracias a las conquistas políticas, supimos que las profesiones equiparan el valor y prestigio de sus realizaciones, que una casa al borde de un lago o una capillita rural son tan insignificantes o tan meritorias como la atención de un médico que alivia el dolor de un niño o mete sus dedos en un cuerpo deteriorado. Más adelante, por Manfredo Tafuri nos enteramos de que la ideología de la forma puesta en la situación de las vanguardias históricas constituyó una lanza noble que, una vez desvanecidas éstas, se ha transformado en un blablá huero y patético, servil al capitalismo de la última especie.

Según van las cosas, en Chile la ideología de la forma tiene cuerda para rato, es decir, proseguirá loándose obras singulares, hallando simpático un espacio con onda y abominable el georgian, buscándole pluses a la autoconstrucción, diciéndose que donde viven más de las tres cuartas partes del país, donde trabaja medio mundo, vale nada. ¿Cuerda larga? Hasta el minuto de una clase media extensa, única garantía de las democracias de veras y por lo mismo un antídoto eficaz contra la ideología de la forma. Pese al desprestigio del término, la clase media no es sólo una simplona categoría de economistas, sino también una determinación basada en el consumo simbólico según han mostrado sociólogos y antropólogos. Clase media que borra los privilegios de la ideología de la forma, a estas alturas lamentable, frígida como discurso teórico y socialmente repugnante como criterio de valor.

¿Qué ocurrirá la mañana cuando esta ideología sea un cadáver? Ese día todos los chilenos pronunciaremos en común que el edificio de la CTC es normal. ARQ